



EL PASAJERO EN GALICIA

BETANZOS



QUISIERA contemplar yo a Betanzos a través de los ojos chispos y mínimos del Ollicos, cuando sale de «O Galo», de «O Can de Obre» o de «A Pilueira», tras haber embarcado pausadamente unas jarras de vino del país. (Conviene decir, sobre la marcha, que no es un gran vino, sino un líquido ligero, refrescante, perfumado, con sabor a sarmiento, rosa pálido o verdirrosas, un «gris de Lorraine», de la orilla izquierda del Rhin, si es que vamos a buscarle hoy un pariente europeo. No es, naturalmente, el vino que habría que pedirle a la tierra de los góticos Andrade, dignos de un Clos-Vougeot o de cualquier otro gran caldo noble de la Borgoña. El jabalí de los Andrade quiere, por lo menos, un Gevray-Chambertin poderoso y profundo.)

Decía, pues, que quisiera contemplar Betanzos con los entornados ojos de Tolín el Ollicos. La ciudad, pienso yo, se le aparecerá como una gran redoma flotante, como el más gigantesco globo de San Roque que don Claudino Pita y sus hijos pudieran imaginar. El propio Ollicos, así encharcado, levita a través de una corriente de aire luminosa que, como un Mandeo celestial, corre bajo arcos de laurel anunciadores de la espichada general de este bocoy que es el Universo Mundo. En la mente del Ollicos, el vino del país es la Idea, dicha esta palabra al modo platónico; quiero decir la Idea, no abstracta, sino viviente, fuente y madre de todos los órdenes que se producen en lo real. Siempre que pasé por Betanzos y bebí en Betanzos, me imaginé que algunos genios antiguos, quizás lacustres, habitantes de las Xunqueiras o los gnomos de gorra colorada del Castro de Uncta legendario, iban a soltar a Betanzos, como un gran globo, por ese pálido y profundo cielo que corona la ciudad... He visto ya tres o cuatro veces en Betanzos ese cielo abierto en hojas como la camelia, unas hojas de nubes y otras de luz azul. Hay en Betanzos, en otoño, paseando por la orilla del río y por el barrio que llaman de Nuestra Señora, unas tintas que hacen pensar en los últimos venecianos, en el paisaje del Veronés en «La juventud entre el vicio y la virtud». Don Eugenio d'Ors afirmó un día que ese cuadro era un espléndido melocotón. Pero en el color betanceiro de septiembre y octubre hay, además, esa melancolía que, como un sol, se pone en el fondo de los cuadros del Tintoreto.

Quando rapaz leía en el «Nobiliario» de Vasco de Ponte los hechos de las casas de nuestro país —para mí, casi Historia Sagrada, la historia de nuestras doce tribus— aparte de mi

fidelidad gibelino-mindoniense al Mariscal Pardo de Cela, y aunque el señor Diego de Andrade le hizo dejar Vivero al Rey y lo echó de Samarugo, tomaba yo partido por la casa de Andrade. Me gustaba sobremanera Fernán Pérez «o Bóo» y me lo imaginaba corriendo la tierra con sus lanzas y sus peones, con los pajes de cámara que se traía, con las tres trompetas que le tocaban marchas y alarmas y aquel aviso: «¡Cocede, panadeiras, que na vila está Fernán Pérez!» Más tarde le tomé el gusto a don Fernando de Andrade, el de Italia, príncipe de Caserta. Me lo imaginaba en la dulce Italia, con el sol de la victoria en la mano, como el caballo de oros de la baraja militar gallega, galopando al pie de los viñedos de Mérito llevando a d'Aubigni en la punta de la lanza. (Me gustan los gallegos en Italia, Andrade en Seminara, Lemos en Nápoles, mi abuelo Montenegro en la cancillería de Milán. Hasta Estebanillo González me gusta barbeando en Roma, gran cardenal de los pícaros.) Por esta mi bandería andradina recé un padrenuestro en Betanzos en la tumba de Fernán Pérez «o Bóo». ¡Qué bien enterrado está! Las dos bestias totémicas de los Andrade, el jabalí y el oso, soportan sobre sus lomos el cuerpo del gran caballero. Es un enterramiento de emperador, el enterramiento para un Stauffen o para el Temerario de Borgofña. Aunque me parece que el escultor empequeñeció el cuerpo del de Andrade. Los Andrade, tengo para mí, eran, como los Plantagenet, gente de piernas largas; siempre que me imagino un Braganza, por el contrario, sospecho hallarme ante un sonrosado pernicorto.

Si, tintas que están en los últimos grandes venecianos. Algo que es violeta y oro y como un color que fuese solamente luz. ¿Y no son los «Caneiros» una fiesta casi veneciana?... Pero; no compliquemos las cosas. Paseamos por las calles y las plazas, entramos en aquel portal en cuyo dintel el ramo de laurel anuncia el vino. Al tercer o cuarto chope yo le digo a mi tocayo Álvaro Juan Cayón que entorne los ojos como Tolin el Ollicos y compruebe si Betanzos, como un gran globo de San Roque, comienza a elevarse en el espacio. El silencioso Mandeo, sujeto a su labor por las puentes, se lleva al mar, en la oscura noche, la antigua tierra de Nendos. En Betanzos, tras haber bebido bien el vino del país, lo que no levita, navega. Levita o navega describiendo grandes círculos, comprobando experimentalmente el universo en expansión de Eddington... Así como en Privat, al pie de la alquitara, nacieron los hermanos Montgolfier, en Betanzos nació el globo de San Roque. No se trata, pues, de algo accidental... Dejando Betanzos camino de Compostela por el Mesén do Vento, uno iba pensando qué maravilla ser arcediano de Nendos en el cabildo compostelano: el mejor enchufe a que un gallego ha podido aspirar del siglo XIII al XVIII. La desaparición de dignidad tal, parece a mí que invalida toda la evolución político-social de nuestro país en los últimos doscientos años.

ÁLVARO CUNQUEIRO



(Ilustraciones de Emilio de la Iglesia Caruncho
y José Luis Muñoz Vales.)